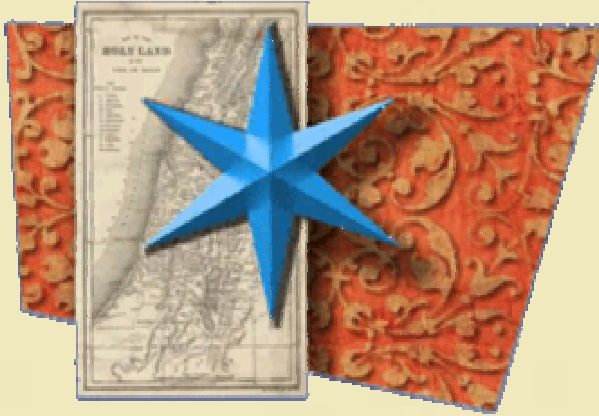


15° DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO



La liturgia del 15° Domingo Ordinario nos recuerda que Dios actúa en el mundo a través de los hombres, a los que él llama y envía como testigos de su proyecto de salvación.

Esos “enviados” deben tener como prioridad la fidelidad al proyecto de Dios y

no la defensa de sus propios intereses o privilegios.

La primera lectura nos presenta el ejemplo del profeta Amós. Escogido, llamado y enviado por Dios, el profeta vive para proponer a los hombres, con verdad y coherencia, los proyectos y los sueños que Dios tiene para el mundo. Actuando con total libertad, el profeta no se deja manipular por los poderosos ni amordazar por sus propios intereses personales.

La segunda lectura nos asegura que Dios tiene un proyecto de vida plena, verdadera y total para cada ser humano, un proyecto que desde siempre estuvo en la mente de Dios. Ese proyecto, presentado a los hombres a través de Jesucristo, exige de cada uno de nosotros una respuesta decidida, total y sin subterfugios.

En el Evangelio, Jesús envía a los discípulos en misión. Esa misión, que es prolongación de su misma misión, consiste en anunciar el Reino y en luchar objetivamente contra todo aquello que esclaviza al hombre y que le impide ser feliz. Antes de marcharse, Jesús da a los discípulos algunas instrucciones acerca de la forma de realizar la misión. Les invita especialmente a la pobreza, a la sencillez, al desprendimiento de los bienes materiales.

PRIMERA LECTURA

Ve y profetiza a mi pueblo

Lectura de la profecía de Amós

7, 12-15

En aquellos días,
dijo Amasías, sacerdote de Casa-de-Dios,
a Amós:

— «Vidente,
vete y refúgiate en tierra de Judá;
come allí tu pan y profetiza allí.
No vuelvas a profetizar en Casa-de-Dios,
porque es el santuario real,
el templo del país.»

Respondió Amós:

— «No soy profeta ni hijo de profeta,
sino pastor y cultivador de higos.
El Señor me sacó de junto al rebaño y me dijo:
"Ve y profeta a mi pueblo de Israel."»

Palabra de Dios.

1.1. Ambientación

Amós, el "profeta de la justicia social", ejerció su ministerio profético en el reino del Norte (Israel) a mediados del siglo VIII antes de Cristo (posiblemente, alrededor del año 762), durante el reinado de Jeroboán II.

Es una época de prosperidad económica, y de tranquilidad política: las conquistas de Jeroboán II alargarán considerablemente los límites del reino y permitirán la entrada de tributos de los pueblos vecinos; el comercio y la industria (mineral y textil) se desarrollan significativamente. Las construcciones de la burguesía urbana alcanzarán un lujo y magnificencia hasta entonces desconocidos.

La prosperidad y el bienestar de las clases favorecidas contrastaban con la miseria de las clases bajas. El sistema de distribución estaba en manos de comerciantes sin escrúpulos que, aprovechando el bienestar económico, especulaban con los precios. Con el aumento de los precios de los bienes esenciales, las familias de menores recursos se endeudaban y acababan por ser expoliadas de sus tierras en favor de los grandes latifundistas. La clase dirigente, rica y poderosa, dominaba los tribunales y sobornaba a los jueces, impidiendo que el tribunal hiciese justicia a los más pobres y defendiese los derechos de los más desfavorecidos.

Entretanto, la religión florecía con un esplendor ritual nunca visto. Magníficas fiestas, abundantes sacrificios de animales, culto esplendoroso, marcaban la vida de los israelitas. El problema era que ese culto no tenía nada que ver con la vida: en el día a día, los mismos que participaban en esos ritos cultuales majestuosos, practicaban injusticias contra el pobre y cometían toda clase de atropellos al derecho. Más aún: los ricos ofrecían a Dios abundantes ofrendas, a fin de tranquilizar sus conciencias culpables y a fin de asegurar la complicidad de Dios para con sus negocios oscuros. Además de eso, la influencia de la religión cananea estaba empujando a los israelitas hacia el sincretismo religioso: el culto a Yahvé se mezclaba con rituales paganos provenientes de los cultos a Baal y Astarté. Esa confusión religiosa ponía en serio riesgo la pureza de la fe yahvista.

Es en este contexto en donde aparece el profeta Amós. Natural de Técoa (una pequeña aldea situada en el desierto de Judá), Amós no es un profeta profesional, sino que, llamado por Dios, deja su tierra y parte hacia el reino vecino para gritar a la clase dirigente su denuncia profética. La rudeza de su discurso, unida a la integridad y fortaleza de su fe, traen algo del ambiente duro del desierto que contrasta con la indolencia y el lujo de la sociedad israelita de la época.

El episodio que la primera lectura de este Domingo nos propone, nos lleva hasta el santuario de Betel, en el centro de Palestina. Se trata de un lugar considerado sagrado, desde tiempos inmemoriales. De acuerdo con Gn 35,1-8, Jacob construyó allí un altar dedicado a Yahvé. Más tarde, Betel aparece como el lugar donde se reúne la

asamblea de "todo Israel" para "consultar a Dios" (cf. Jc 20,18), para llorar delante de Dios su infidelidad (cf. Jc 20,26) y para encontrarse con Dios (cf. Jc 21,2). Todo esto refleja la importancia cultural del lugar.

Cuando el Pueblo de Dios se dividió en dos reinos, tras la muerte de Salomón (932 antes de Cristo), los reyes del norte (Israel) potenciaron el culto en Betel, para impedir que sus súbditos tuviesen que desplazarse hasta Jerusalén, situado en el reino enemigo del sur (Judá). Entonces, Betel se transformó en una especie de "santuario oficial" del reino, donde el culto era financiado, en gran medida, por el mismo rey. El sacerdote que presidía el culto era una especie de "funcionario real", encargado de vigilar para que los intereses del rey fuesen defendidos, en ese local por donde pasaba una parte significativa de los fieles de Israel. En la época en que Amós ejerce su ministerio profético en Betel, el sacerdote encargado del santuario era un tal Amasías. Algunos elementos que han llegado hasta nosotros parecen indicar, también, la existencia en Betel de la imagen de un becerro, que representaba a Yahvé y que era adorado por los fieles (cf. Os 10,5).

Betel es uno de los lugares donde resuena la denuncia profética de Amós. Probablemente, Amós criticó las injusticias cometidas por el rey y por la clase dirigente; y, ciertamente, denunció, en ese lugar, un culto que era aliado de la injusticia y que intentaba mezclar a Dios con los esquemas corruptos de los poderosos.

1.2. Mensaje

Nuestro texto describe el enfrentamiento entre el sacerdote Amasías y el profeta Amós. Es un texto fundamental para que entendamos la misión del profeta, su libertad frente a los intereses del mundo y de los poderes constituidos.

El sacerdote Amasías es el hombre de la religión oficial, dependiente de los intereses del rey y del orden establecido, comprometida con el poder político. Para él, lo que interesa es mantener intocable un sistema que asegura beneficios mutuos, ya sea para el trono, ya para el altar. En ese sistema, el rey es el guardián supremo del orden instituido y no ha lugar (ni necesidad) de una intervención que ponga en duda el orden establecido.

La tarea de la religión es, en la perspectiva de Amasías, proteger y legitimar los intereses del rey; a cambio, el rey sustenta el santuario. Trono y religión son, así, cómplices ligados por intereses mutuos, que hacen todo lo posible por mantener el "staus quo" y los privilegios. El propio Amasías tienen mucho que perder, si las cosas no van bien, ya que es un funcionario real cuya función es defender los intereses del rey.

La religión de Amasías es una religión esclava de los intereses, que se arrodilla ante los poderosos y que está completamente cerrada a los retos de Dios (que, si fuesen escuchados y acogidos, podrían desmontar el sistema).

En esta perspectiva, la denuncia de Amós suena a rebelión contra los intereses enlazados del poder y de la religión, a doctrina subversiva que pone en peligro las estructuras y que sacude los fundamentos del orden establecido. Por eso, hay que utilizar toda la fuerza del sistema para acallar la voz incómoda del profeta. Amós es, por tanto, denunciado, invitado a dejar el santuario y a volver a su tierra para "comer allí su pan".

La respuesta de Amós deja claro que el profeta es un hombre libre, que no actúa por intereses humanos (propios o ajenos), sino por mandato de Dios.

La iniciativa de ser profeta no fue suya. Dios es el que vino a su encuentro, interrumpió la normalidad de su vida y le llamó para la misión. Por lo demás, la profecía no es, para él, una ocupación profesional, o una forma de llevar a cabo intereses personales.

Amós es profeta porque Dios irrumpió en su vida con una fuerza irresistible, lo tomó de su cuenta y le envió a Israel. El profeta no está, por tanto, preocupado por los intereses del rey o por los intereses del sacerdote Amasías, o por la perpetuación de un orden social injusto y opresor. Él ha sido llamado para ser la voz de Dios y sólo le interesa cumplir la misión que Dios le ha confiado. Duela a quien duela, esto es lo que Amós intentará hacer. Él no puede, ni quiere quedarse callado.

Su misión (aunque no le guste a Amasías y al rey) tiene autoridad por sí misma, porque viene de Dios y Dios es infinitamente mayor que el rey. Revestido de esa autoridad (que no sólo legitima su acción profética sino que además le obliga a ser fiel a la misión que le ha sido confiada), Amós anuncia (en un desarrollo que el texto que se nos propone no ha conservado, cf. Am 7,16-17) el castigo para el rey, para Amasías y para toda la nación infiel.

1.3. Actualización

✚ En este texto, como en tantos otros textos proféticos, se transparenta la absoluta convicción de que el profeta es un hombre de Dios, escogido por Dios, llamado por Dios, enviado por Dios, legitimado por Dios. Dios está en el origen de la vocación profética; y la actuación del profeta solo tiene sentido si parte de Dios y si tiene como objetivo presentar a los hombres las propuestas de Dios. Es preciso que nosotros creyentes, constituidos profetas por el Bautismo, tengamos a Dios como la referencia de donde parte y hacia donde se orienta nuestra acción y misión proféticas.

Ningún profeta lo es por su iniciativa personal, o para anunciar propuestas personales; sino que es Dios quien nos llama, quien nos envía y quien está en la base de ese testimonio que estamos llamados a dar en medio de los hombres.

✚ El profeta es un hombre libre, que no se amedrenta ni se inclina ante los intereses de los poderosos. Por eso, el profeta no puede callarse ante la

injusticia, la opresión, la explotación, ante todo lo que roba la vida e impide la realización plena del hombre.

Amasías, el sacerdote que se pone del lado de los poderosos, que defiende intransigentemente el orden establecido, que se compromete con él, que vende su conciencia para mantener su puesto y que transige con la injusticia para no incomodar a los poderosos, es un ejemplo a no seguir.

Amós, el profeta que no se calla ni se vende, que está dispuesto a arriesgarlo todo (incluso la propia vida) para defender a los pequeños y los débiles y que no vacila en presentar los proyectos de Dios para el hombre y para el mundo, debe ser modelo para cualquier creyente a quien Dios llama a cumplir una misión profética en medio del mundo.

- ✚ Amasías es el hombre cómodamente instalado en sus privilegios, donativos, que calla la voz de su conciencia porque tiene mucho que perder y no quiere arriesgar; Amós es el profeta libre de la preocupación por los bienes materiales, que no está preocupado por la defensa de sus intereses, pero sí por la defensa intransigente de los intereses de los pobres y marginados, que son los intereses de Dios.

La diferencia entre los dos está en cuál es, para cada uno de ellos, la prioridad fundamental, para Amasías son los valores materiales, para Amós son los valores de Dios.

El verdadero profeta no puede poner los bienes materiales como su prioridad fundamental; si sucede eso, perderá su libertad profética y se convertirá en esclavo de quien le paga.

- ✚ Este texto nos habla, también, de la promiscuidad entre la religión y el poder. Se trata de una combinación que no produce buenos frutos (como, por otra parte, la historia de la Iglesia ha demostrado, en distintas épocas y lugares).

La Iglesia, para poder ejercer con fidelidad su misión profética, tiene que evitar unirse a los poderosos y depender de ellos, bajo pena de ser infiel a la misión que se le confió.

Una Iglesia que esté ocupada en no molestar al poder para mantener sus privilegios fiscales, o para continuar recibiendo dinero para las instituciones que tutela, será una Iglesia esclava, con las manos atadas, dependiente, que está lejos de Jesucristo y de su propuesta liberadora.

Salmo responsorial

Salmo 84, 9ab - 14

Vl. Muéstranos, Señor,
tu misericordia y danos tu salvación.

Rl. Muéstranos, Señor,
tu misericordia y danos tu salvación.

Vl. Voy a escuchar lo que dice el Señor:

«Dios anuncia la paz a su pueblo
y a sus amigos.»

La salvación está ya cerca de sus fieles,
y la gloria habitará en nuestra tierra.

Rl. Muéstranos, Señor,
tu misericordia y danos tu salvación.

Vl. La misericordia y la fidelidad se encuentran,

la justicia y la paz se besan;
a fidelidad brota de la tierra,
y la justicia mira desde el cielo.

Rl. Muéstranos, Señor,
tu misericordia y danos tu salvación.

Vl. El Señor nos dará lluvia,

y nuestra tierra dará su fruto.
La justicia marchará ante él,
la salvación seguirá sus pasos.

Rl. Muéstranos, Señor,
tu misericordia y danos tu salvación.

SEGUNDA LECTURA

Nos eligió en la persona de Cristo, antes de crear el mundo

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios

1, 3 - 14

Bendito sea Dios,
Padre de nuestro Señor Jesucristo,
que nos ha bendecido en la persona de Cristo
con toda clase de bienes espirituales y celestiales.

Él nos eligió en la persona de Cristo,
antes de crear el mundo,
para que fuésemos santos e irreprochables ante él por el amor.

Él nos ha destinado en la persona de Cristo,
por pura iniciativa suya, a ser sus hijos,
para que la gloria de su gracia,
que tan generosamente nos ha concedido en su querido Hijo,
redunde en alabanza suya.

Por este Hijo, por su sangre,
hemos recibido la redención, el perdón de los pecados.

El tesoro de su gracia, sabiduría y prudencia
ha sido un derroche para con nosotros,
dándonos a conocer el misterio de su voluntad.

Éste es el plan que había proyectado realizar por Cristo
cuando llegase el momento culminante:
recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra.

Por su medio hemos heredado también nosotros.
A esto estábamos destinados
por decisión del que hace todo según su voluntad.

Y así, nosotros, los que ya esperábamos en Cristo,
seremos alabanza de su gloria.
Y también vosotros, que habéis escuchado la palabra de verdad,
el Evangelio de vuestra salvación, en el que creísteis,
habéis sido marcados por Cristo con el Espíritu Santo prometido,
el cual es prenda de nuestra herencia,
para liberación de su propiedad,
para alabanza de su gloria.

Palabra de Dios.

2.1. Ambientación

La ciudad de Éfeso, capital de la Provincia romana de Asia, estaba situada en la costa occidental de Asia Menor. Su importante puerto y su numerosa población, hacían de ella una ciudad floreciente.

Pablo pasó por Éfeso en su segundo viaje misionero (cf. Hch 18,19-21) y, durante su tercer viaje, hizo de Éfeso su cuartel general, a partir del cual evangelizó toda la zona occidental de Asia Menor.

Nuestra Carta a los Efesios es, probablemente, uno de los ejemplares de una "carta circular" enviada a varias iglesias de Asia Menor, en un momento en el que Pablo estaba prisionero (¿en Cesarea?, ¿en Roma?). El portador de la misma era un tal Tíquico.

Algunos ven en esta carta una especie de síntesis teológica paulina, en un momento en el que la misión del apóstol está prácticamente terminada en oriente. El tema más importante de la carta a los Efesios, es aquel que el autor llama "el misterio": se trata del proyecto salvador de Dios, definido y elaborado desde siempre, escondido durante siglos, revelado y concretizado plenamente en Jesús, comunicado a los apóstoles y, en los "últimos tiempos", hecho presente en el mundo por la Iglesia.

El texto que se nos propone hoy, aparece al principio de la carta. Es un himno litúrgico que debe haber circulado pro las comunidades cristianas antes de ser ensartado aquí por Pablo. Este himno da gracias por la acción del Padre (cf. Ef1,3-6), del Hijo (cf. Ef 1,7-12) y del Espíritu Santo (cf. 1,13-14) por haber ofrecido a los hombres la salvación.

2.2. Mensaje

La acción de gracias se dirige a Dios, pues él es la fuente última de todas las gracias concedidas a los hombres. Esas gracias llegarán a los hombres a través del Hijo, Jesucristo.

¿Cuál es entonces, según este himno, la acción del Padre?

El Padre, en su amor, nos eligió desde siempre ("antes de la creación del mundo"). ¿Para qué nos eligió? La respuesta es: "para que seamos santos e irreprochables". La palabra "santo" indica la situación de alguien que ha sido separado del mundo y consagrado a Dios, para el servicio de Dios; la palabra "irreprochable" era usada para hablar de las víctimas ofrecidas en sacrificio a Dios, que debían ser inmaculadas y sin defecto. Significa, pues, una santidad (esto es, una consagración a Dios) verdadera y radical.

Además de elegirnos, el Padre nos predestinó "para que fuéramos hijos adoptivos". A través e Cristo, el Padre nos ofreció su vida y nos integró en su familia en calidad de hijos. El fin de esta acción de Dios, es el alabar su gloria.

"Elección" y "adopción como hijos" son frutos del inmenso amor de Dios por los hombres, un amor que es gratuito, incondicional y radical.

Y Jesucristo, el Hijo, ¿qué papel tuvo en este proceso?

En los versículos 7-10, el autor del himno se refiere a la sangre derramada de Cristo y a su significado redentor. La muerte de Jesús en la cruz es signo evidente del tremendo amor de Dios por los hombres; y de esa forma, Dios nos enseñó a vivir en el amor, en un amor total y radical. A través de Cristo, Dios derramó sobre nosotros su gracia, convirtiéndonos en personas nuevas y diferentes, capaces de vivir del amor. Así, Dios nos manifestó su proyecto de salvación (que el himno llama "el misterio") y que consiste en llevarnos a una identificación plena con Jesús (en su ilimitada capacidad de amar y de dar vida), a una unidad y armonía totales con Jesús. Identificándonos con Cristo y enseñándonos a vivir en el amor, total y radical, Dios nos reconcilió consigo, con todos los otros y con la misma naturaleza.

De la acción redentora de Cristo nació, pues, un Hombre Nuevo, capaz de un nuevo tipo de relaciones (marcado, no por el egoísmo, por el orgullo, por la autosuficiencia, sino marcado por el amor y por la donación de la vida) con Dios, con los otros hombres y con toda la creación.

De esa forma, en Cristo fuimos constituidos hijos de Dios y herederos de la salvación, conforme al proyecto de Dios preparado desde toda la eternidad en nuestro favor (vv. 11-12).

Los creyentes que se adhirieron a Jesús, fueron marcados por el "sello" del Espíritu. Ese "sello" es la marca que atestigua nuestra integración en la familia divina y la garantía de que un día participaremos en la vida eterna, plena y verdadera, conforme al plan que Dios tiene para nosotros (vv 13-14).

2.3. Actualización

✚ Nuestro texto afirma, de forma clara, que Dios tiene un proyecto de vida plena y total para los hombres, un proyecto que desde siempre estuvo en la mente de Dios.

Es muy importante que tengamos esto en cuenta: no somos un accidente del decurso de la evolución inexorable del cosmos, sino que somos actores principales de una historia de amor que nuestro Dios siempre soñó y que él quiso escribir y vivir con nosotros. En medio de nuestras desilusiones y de nuestros sufrimientos, de nuestra finitud y de nuestro pecado, de nuestros miedos y de nuestros dramas, no olvidemos que somos hijos amados de Dios, a quien él ofrece continuamente la vida definitiva y la verdadera felicidad.

- ✚ De acuerdo con nuestro texto, Dios "nos eligió... para que seamos santos e irrepreensibles".

Ya vimos que "ser santo" significa ser consagrado para el servicio de Dios. ¿Qué significa esto en concreto? Entre otras cosas, implica intentar descubrir el plan de Dios, el proyecto que él tiene para cada uno de nosotros y hacerlo concreto día a día con verdad, fidelidad y radicalidad.

En medio de las solicitudes del mundo y de las exigencias de nuestra vida profesional, social y familiar, ¿tenemos tiempo para Dios, para dialogar con él y para intentar percibir sus proyectos y propuestas?

¿Y tenemos disponibilidad y voluntad de concretar sus propuestas, incluso cuando no son conciliables con nuestros intereses personales?

- ✚ Nuestro texto afirma, todavía, la centralidad de Cristo en esta historia de amor que Dios quiso vivir con nosotros. Jesús vino a nuestro encuentro, cumpliendo con radicalidad la voluntad del Padre, y ofreciéndose hasta la muerte para enseñarnos a vivir en el amor.

¿Cómo asumimos y vivimos esa propuesta de amor que Jesús nos presentó?

¿Aprendemos con él a amar sin excepción y con radicalidad?

¿Somos profetas que testimonian, ante el mundo, el proyecto de Dios?

¿Aquellos que caminan por el mundo a nuestro lado encuentran en nosotros gestos y actitudes que sean signos vivos del amor de Dios revelado en Jesús?

Aleluya

Aleluya cf. Ef 1, 17-18

El Padre de nuestro Señor Jesucristo
ilumine los ojos de nuestro corazón,
para que comprendamos cuál es la esperanza
a la que nos llama.

EVANGELIO

Los fue enviando

† **Lectura del santo evangelio según san Marcos**
6, 7 - 13

En aquel tiempo,
llamó Jesús a los Doce
y los fue enviando de dos en dos,
dándoles autoridad sobre los espíritus inmundos.
Les encargó que llevaran para el camino
un bastón y nada más,
pero ni pan, ni alforja, ni dinero suelto en la faja;
que llevasen sandalias,
pero no una túnica de repuesto.

Y añadió:

— «Quedaos en la casa donde entréis,
hasta que os vayáis de aquel sitio.
Y si un lugar no os recibe ni os escucha,
al marcharos sacudíos el polvo de los pies,
para probar su culpa.»

Ellos salieron a predicar la conversión,
echaban muchos demonios,
ungían con aceite a muchos enfermos
y los curaban.

Palabra del Señor.

3.1. Ambientación

Toda la primera parte del Evangelio según Marcos (cf. Mc 1,14-8,30) está construida alrededor de la idea de que Jesús es el Mesías que proclama el Reino de Dios.

Como punto de partida está un sumario-anuncio inicial (c. Mc 1,14-15) donde se proclama la llegada del Reino; enseguida, Jesús presenta la propuesta del Reino a un grupo de discípulos, que escuchan la llamada y aceptan embarcarse en la aventura del Reino de Dios (cf. Mc 1,16-20); después, Marcos describe cómo Jesús, con palabras y con gestos concretos, va proponiendo esa nueva realidad que es el Reino, y va intercalando las propuestas de Jesús con las respuestas positivas o negativas de los fariseos, del pueblo y de los propios discípulos (cf. Mc 1,21-8,30).

A medida que el "camino del Reino" avanza, los discípulos van apareciendo cada vez más ligados a Jesús y cada vez más implicados en el proyecto del Reino.

Llamados por Jesús, ellos responderán positivamente a ese llamamiento y le seguirán; después, durante el camino que hagan con Jesús, escucharán sus enseñanzas y testimoniarán sus gestos y señales.

Formados por Jesús en la "escuela del Reino", los discípulos podrán, ahora, ser enviados por el mundo, para anunciar a todos los hombres la llegada de ese mundo nuevo que Jesús llamaba el "Reino de Dios".

3.2. Mensaje

Nuestro texto es una auténtica catequesis sobre la misión de los discípulos de Jesús en medio del mundo. Las instrucciones puestas aquí en boca de Jesús, conservan su sentido y valor para los discípulos de todo tiempo y lugar.

Marcos comienza por dejar claro que la iniciativa de la llamada de los discípulos es de Jesús:

Él "les llamó" (v. 7). No hay ninguna explicación sobre los criterios que llevaron a la elección: hablar de vocación y de elección es hablar de un misterio insondable, que depende de Dios y que el hombre no siempre consigue comprender y explicar.

Después, Marcos apunta el número de los discípulos que son enviados ("doce"). ¿Por qué exactamente "doce"?

Se trata de un número simbólico, que evoca a las doce tribus que formaban el antiguo Pueblo de Dios. Estos "doce" discípulos representan, simbólicamente, la totalidad del Pueblo de Dios, del nuevo Pueblo de Dios. Es la totalidad del Pueblo de Dios la que es enviada en misión.

Los "doce" son enviados "de dos en dos". Es probable que el envío "de dos en dos" tenga que ver con la costumbre judía de viajar acompañado, para tener ayuda y

apoyo en caso de necesidad; puede también pensarse que esta exigencia de ir en misión "de dos en dos" tenga que ver con la exigencia de la ley judía, de acuerdo con la cual eran necesarios dos testimonios para dar credibilidad a cualquier anuncio (cf. Dt 19,15; Mt 18,16).

En cualquier caso, la exigencia de partir en misión "de dos en dos" sugiere, también, que la evangelización tiene siempre una dimensión comunitaria. Los discípulos nunca deben trabajar solos, al margen del resto de la comunidad; no deben anunciar sus ideas, sino la fe de la Iglesia. Quien anuncia el Evangelio, lo anuncia en nombre de la comunidad; y su anuncio debe estar en sintonía con la fe de la comunidad.

Después, Marcos define la misión que Jesús les confió ("dándoles autoridad sobre los espíritus inmundos").

Los espíritus inmundos representan, aquí, todo aquello que esclaviza al hombre y que le impide llegar a la vida en plenitud. La misión de los discípulos es, pues, luchar contra todo aquello, sea de carácter físico, sea de carácter espiritual, que destruye la vida y la felicidad del hombre (podemos decir que la misión de los discípulos es luchar contra el "pecado").

Es de la acción liberadora de los discípulos (que actúan por mandato de Jesús) de donde nace un mundo nuevo, de hombres libres, el mundo del "Reino".

A continuación, vienen las instrucciones para la misión (v. 8-9).

En la perspectiva de Jesús, los discípulos deben partir hacia la misión, con un desprendimiento total de todos los bienes y seguridades humanas. Pueden llevar un cayado (en la versión de Mateo y de Lucas, los discípulos no deben llevar cayado, cf. Mt 10,10; Lc 9,3); pero no deben llevar ni pan, ni alforja, ni dinero suelto (esas pequeñas monedas de cobre que el viajero llevaba siempre consigo para sus pequeñas necesidades), ni dos túnicas.

Los discípulos deben ser totalmente libres y no estar amarrados a los bienes materiales; en caso contrario, la preocupación por los bienes materiales puede robarles la libertad y la disponibilidad para la misión.

Por otro lado, esa actitud de pobreza y de desprendimiento ayudará, también, a los discípulos a percibir que la eficacia de la misión no depende de la abundancia de bienes materiales, sino de la acción de Dios.

Finalmente, la sobriedad y el desprendimiento son signos de que el discípulo confía en Dios y contribuyen a dar credibilidad al testimonio.

Otro género de instrucciones se refieren al comportamiento de los discípulos ante la hospitalidad que les fuera ofrecida (vv. 10-11).

Cuando sean acogidos en una casa, deben permanecer allí algún tiempo (seguramente para formar una comunidad) y no deben saltar de un lugar a otro, por razón de las amistades, de los propios intereses o llevados por las propias conveniencias personales.

Cuando no sean recibidos en un lugar, deben "sacudirse el polvo de los pies" al abandonar ese lugar: se trata de un gesto que los judíos practicaban cuando

regresaban de territorio pagano y que simboliza la renuncia a la impureza. Aquí debe significar el repudio por la cerrazón a las propuestas liberadoras de Dios.

Finalmente, Marcos describe la realización de la misión de los discípulos (v. 12-13): predicaban la conversión ("metanoia", esto es, un cambio radical de mentalidad, de valores, de actitudes, un volverse hacia Jesucristo y un acoger su proyecto), expulsaban demonios, curaban a los enfermos.

Se trata de continuar la misión de Jesús: liberar al hombre de todo aquello que lo oprime y le roba la vida, para hacer aparecer un mundo de hombres libres y salvados ("Reino de Dios").

El anuncio que es confiado a los discípulos, es el anuncio que Jesús hacía (el "Reino"); los gestos que los discípulos están invitados a hacer para anunciar el "Reino", son los mismos que Jesús hace.

Al presentar la misión de los discípulos en paralelo y en absoluta continuidad con la misión de Jesús, Jesús invita a la Iglesia (a los discípulos) a continuar en la historia la obra liberadora que él comenzó en favor del hombre.

3.3. Actualización

✚ ¿Cómo actúa hoy Dios en el mundo? La respuesta que el Evangelio de este Domingo da es: a través de esos discípulos que aceptan responder positivamente a la llamada de Jesús y se embarcan en la aventura del "Reino". Ellos continúan hoy en el mundo la obra de Jesús y anuncian, con palabras y con gestos, ese mundo nuevo de felicidad sin fin que Dios quiere ofrecer a los hombres.

✚ Atención: Jesús no llama solamente a un grupo de "especialistas" para seguirle y para dar testimonio del "Reino".

Los "doce" representan a la totalidad del Pueblo de Dios. Es la totalidad del Pueblo de Dios (los "doce") la que es enviada, para continuar la obra de Jesús en medio de los hombres y a anunciarles el "Reino".

¿Tengo conciencia de a qué me comprometo el hecho de que yo pertenezca a la comunidad a la que Jesús envía en misión?

✚ ¿Cuál es la misión de los discípulos de Jesús? Es luchar objetivamente contra todo aquello que esclaviza al hombre y que le impide ser feliz.

Hoy hay estructuras que generan guerra, violencia, terror, muerte: la misión de los discípulos de Jesús es contestarlas y desmontarlas;

hoy hay "valores" (presentados como el "último grito" de la moda, del progreso cultural o científico) que generan esclavitud, opresión, sufrimiento: la misión de los discípulos de Jesús es rechazarlos y denunciarlos;

hoy hay esquemas de explotación (disfrazados de sistemas económicos generadores de bienestar) que generan miseria, marginación, debilidad, exclusión: la misión de los discípulos de Jesús es combatirlos.

La propuesta liberadora de Jesús tiene que estar presente (a través de los discípulos) en cualquier lugar donde haya un hermano víctima de la esclavitud y de la injusticia.

¿Es esto lo que yo intento hacer?

- ✚ Las advertencias de Jesús para que los discípulos se presenten siempre con una actitud de sobriedad y de desprendimiento significan, en primer lugar, que el discípulo nunca debe hacer de los bienes materiales su prioridad fundamental. Si el discípulo estuviera obcecado por el "tener", se convertiría en esclavo de los bienes, acomodarse es no tener espacio ni disponibilidad para lanzarse a la aventura del anuncio del Reino.
Por otro lado, el discípulo que erige los bienes materiales como la prioridad de su vida, sentirá siempre la tentación de callarse, de no molestar a los poderosos, a fin de preservar sus intereses económicos y sus beneficios particulares.
- ✚ Las advertencias de Jesús para que los discípulos se presenten siempre con una actitud de sobriedad y de desprendimiento significan, también, el despego de las ideas preconcebidas, de los hábitos y costumbres, de las pasiones y afectos que pueden constituir un obstáculo para la misión de anunciar el Reino.
- ✚ Las palabras de Jesús recomiendan, todavía, a los discípulos que actúan por un tiempo prolongado en un determinado lugar, la moderación y el agradecimiento para con aquellos que los acogen. Quien es recibido en una casa o en un lugar como huésped, debe convertirse en una bendición para esa casa o ese lugar y comportarse con sobriedad, equilibrio y naturalidad.
- ✚ Con frecuencia los discípulos de Jesús tienen que lidiar con la oposición y el rechazo de la propuesta de la que son testigos. Es un hecho que debe ser visto con normalidad y comprensión. Sin embargo, cuando esto sucede, es misión de los discípulos avisar a los implicados sobre la gravedad de su rechazo. Quien rechaza la propuesta de Dios, debe ser plenamente consciente de que está perdiendo oportunidades únicas y alejándose de su plena realización, de la vida verdadera.